



EL SUEÑO
DE LA ALDEA DING

YAN LIANKE

La muerte recorre las calles de la otrora próspera aldea Ding. Sus habitantes desaparecen igual que las hojas de los árboles en otoño. Una extraña fiebre se lleva sus vidas. Es la enfermedad de quienes hace ocho años vendieron su sangre por unas pocas monedas. Narrada por el pequeño Xiao Qiang, esta novela, de una sobrecogedora belleza, nos adentra en la historia de la aldea Ding, una de tantas afectadas por el escándalo de la sangre contaminada de la provincia china de Henan. Los aldeanos, incitados a vender grandes cantidades de su propia sangre, con la que se enriquecieron unos pocos, son ahora víctimas de la mayor epidemia conocida en el país. Abandonados e ignorados por las autoridades, sólo pueden esperar la llegada de la muerte.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El sueño de la aldea Ding](#)

[EL SUEÑO DE LA ALDEA DING](#)

[Libro primero](#)

[Libro segundo](#)

[Capítulo primero](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[Capítulo segundo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[Capítulo tercero](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[Libro tercero](#)

[Capítulo primero](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[Capítulo segundo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[Capítulo tercero](#)

[1](#)

Libro cuarto

Capítulo primero

1

2

3

Capítulo segundo

1

2

3

4

5

Capítulo tercero

1

2

3

4

Capítulo cuarto

1

2

3

4

Libro quinto

Capítulo primero

1

2

3

Capítulo segundo

1

Capítulo tercero

1

2

3

4

5

Capítulo cuarto

1

2

3

4

Capítulo quinto

1

2

3

Libro sexto

Capítulo primero

1

2

Libro séptimo

Capítulo primero

1

2

3

Capítulo segundo

1

2

3

Capítulo tercero

1

2

3

4

Capítulo cuarto

1

Libro octavo

Epílogo

El derrumbe de la escritura

Notas

EL SUEÑO DE LA ALDEA DING

Yan Lianke

LIBRO PRIMERO

El sueño del copero: Soñé que veía una vid delante de mí, que tenía tres sarmientos, crecer insensiblemente hasta echar botones, y después de salir las flores, madurar la uva; y la copa de Faraón en mi mano. Cogí entonces las uvas, y exprimí las en la copa que tenía en la mano y serví con ella a Faraón.

El sueño del panadero: Yo también he tenido un sueño, en que me parecía llevar sobre mi cabeza tres canastillos de harina; y en el canastillo de encima había toda especie de viandas hechas por arte de pastelería, y las aves comían de él.

El sueño de Faraón: Parecía estar en la ribera del río, del cual subían siete vacas hermosísimas y por extremo gordas, y se ponían a pacer en aquellos lugares lagunosos. Salían también del río otras siete, feas y consumidas de flaqueza, que pacían en la orilla misma del río en donde estaba la yerba; y tragaron a aquellas siete, cuya hermosura y lozanía de cuerpos era maravillosa. Despertó Faraón. Volvió a dormirse y tuvo otro sueño: siete espigas brotaban de una misma caña, llenas y hermosas. Otras tantas nacían de otra, menudas y quemadas del viento abrasador, las cuales devoraban toda la lozanía de aquellas primeras.

Génesis, Antiguo Testamento^[1]

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

1

Era un día de finales de otoño, el otoño tardío a la hora del ocaso. El sol poniente caía sobre la llanura oriental de Henan tiñendo cielo y tierra de rojo sangre. El crepúsculo avanzaba carmesí y un frío penetrante mantenía desiertas las calles de la aldea.

Los perros habían vuelto a sus guaridas.

Las gallinas, a sus corrales y los bueyes se acurrucaban en el establo en busca de calor.

Todo estaba en calma, una calma densa y muda. La aldea Ding, viva, parecía muerta. Debido a esta calma, debido a que el otoño estaba ya avanzado y a que era la hora del ocaso, la aldea se marchitaba, al igual que lo hacían sus habitantes y, con éstos, los días se secaban como un cadáver bajo tierra. Días como cadáveres.

En la llanura, la hierba se secó.

En la llanura, los árboles se agostaron.

En la llanura, la tierra y los cultivos quedaron asolados tras teñirse de rojo sangre.

Y los vecinos de la aldea Ding languidecían encerrados en sus casas.

Mi abuelo, Ding Shuiyang, regresaba de la ciudad cuando el sol caía sobre la llanura. El autobús en el que viajaba lo dejó junto a la carretera entre el condado de Wei y la ciudad de Dongjing^[2], como posa el otoño una hoja al borde del camino. La calzada que conducía a la aldea Ding era

un camino de cemento abierto diez años atrás, cuando todos sus habitantes vendieron sangre. El abuelo divisó la aldea desde la cuneta y dejó que el viento despejara de su mente el desconcierto que lo había acompañado durante todo el trayecto. Comenzó a discernir y a hilar pensamientos. Comprendió. Había abandonado la aldea esa misma mañana para asistir a una larga reunión en la que las autoridades del condado le habían informado de algo confuso, y el camino de regreso había supuesto una iluminación, como ilumina el sol de la aurora un día claro.

Comprendió que las nubes traen la lluvia.

Comprendió que a finales de otoño llega el frío.

Comprendió que quienes habían vendido sangre diez años atrás estaban contagiados con la enfermedad de la fiebre, y que la enfermedad suponía la muerte, como la caída supone el fin de las hojas.

La enfermedad de la fiebre se escondía en la sangre y el abuelo se escondía en los sueños.

La enfermedad de la fiebre anhelaba la sangre, como el abuelo anhelaba los sueños.

El abuelo soñaba todas las noches y las tres últimas se le había repetido el mismo sueño. *Soñó que alrededor del condado de Wei y la ciudad de Dongjing que había visitado en el pasado, se extendían como telarañas redes subterráneas de tuberías por las que fluía sangre. Allí donde las juntas no estaban bien soldadas o los conductos se arqueaban, gotas de sangre salpicaban el vacío como una lluvia bermellón que impregnaba el aire de un hedor sangriento escarlata. El abuelo vio cómo el agua de pozos y ríos se había convertido en sangre de un rojo brillante como carne cruda. Cuando todos los médicos de ciudades y pueblos lloraban a gritos por la enfermedad de la fiebre, en las calles de la aldea Ding había uno que reía. Bajo los rayos dorados del sol, la aldea Ding permanecía en calma y los vecinos se resguardaban en sus hogares. Este médico de mediana edad, enfundado en una bata blanca, dejó el maletín*

a sus pies y, a continuación, se sentó a reír a la sombra de las acacias que flanqueaban las calles de la aldea. Reía sentado en una piedra a la sombra de una acacia —jja, ja, ja!—. Reía a carcajadas y su risa, estruendosa, magnífica y dorada, hacía temblar la aldea Ding, como si el viento otoñal la azotara sin cesar, y hacía caer las hojas amarillentas de los árboles.

Después de este sueño, las autoridades del condado convocaron al abuelo a una reunión. La aldea Ding carecía de alcalde, de ahí que asistiera el abuelo. En el camino de vuelta, concluida la reunión, fue entendiéndolo todo.

Lo primero que comprendió es que la enfermedad de la fiebre no se llamaba así. Su nombre científico era sida. Segundo, que todos los que vendieron sangre por aquella época y se vieron luego aquejados de fiebres durante diez o quince días, estaban hoy contagiados de sida. Tercero, que los primeros síntomas del sida seguían siendo los mismos que una década atrás, la misma fiebre de la gripe, que disminuía con antipiréticos, tras la que el enfermo se recuperaba, hasta que la enfermedad se revelaba pasado medio año, a veces sólo tres o cuatro meses. Entonces el cuerpo se quedaba sin fuerzas, salían úlceras y pústulas por toda la piel, la boca se llenaba de llagas y, con el paso de los días, las personas se iban secando como si se les hubiese extraído el agua. El sufrimiento duraba entre tres y seis meses, a veces los enfermos podían llegar a vivir hasta a ocho, pero rara vez sobrevivían al año y, al final, morían.

Morían, como hojas que caen de un árbol.

Se extinguían, como una luz que se apaga.

El cuarto hecho que el abuelo comprendió es que, desde hacía menos de dos años, todos los meses moría alguien en la aldea Ding. Prácticamente había muerto una persona de cada familia, unos cuarenta casos seguidos. Las tumbas a la entrada de la aldea se hacinaban como densos fardos de trigo yaciendo sobre los campos. Algunos enfermos creían tener hepatitis, otros decían estar aquejados de

una enfermedad pulmonar. Cuando no era el hígado o los pulmones, era falta de apetito. Medio mes más tarde tenían más hambre que el perro de un ciego y a los dos o tres días vomitaban algo de sangre, o mucha sangre, y morían. *Morían como las hojas que caen de un árbol. Se extinguían como una luz que se apaga.* Entonces se decía que la persona en cuestión había contraído una enfermedad del estómago, el hígado o los pulmones, cuando en realidad era la enfermedad de la fiebre. Era sida. En quinto lugar, el abuelo comprendió que la enfermedad no sólo la padecían los extranjeros, los que vivían en las ciudades, los desviados. El mal había llegado a China, al campo y a personas de bien. Además, se había extendido como una plaga de langostas a través de los cultivos. Sexto, quien se contagiaba, moría. Al tratarse de una enfermedad terminal nueva, no había dinero en el mundo que pudiera curarla. Séptimo, la epidemia estaba en sus comienzos. El gran estallido vendría al año próximo y al siguiente. Para entonces, la muerte de un hombre equivaldría a la de un gorrión, una polilla o una hormiga. Ahora, un hombre muerto era como un perro muerto. Los perros tienen mucha más importancia que los gorriones, las polillas o las hormigas. Octavo, yo, que descanso enterrado al otro lado de la pared de la habitación del abuelo, morí cuando acababa de cumplir los doce años, después de haber estudiado hasta quinto curso. Morí por comerme un tomate. Cogí un tomate tirado en la calle, me lo comí y morí envenenado. Medio año antes, envenenaron a las gallinas que teníamos en casa. Un mes después, el cerdo que mi madre estaba cebando se murió por comerse unos nabos tirados en la calle. Algunos meses más tarde, me comí un tomate que cogí del suelo y también morí. Un tomate envenenado que alguien había colocado sobre las piedras del camino que yo recorría al volver de la escuela. Después de comérmelo, las tripas se me retorcían en el vientre como si me las hubieran cortado en pedazos. Apenas había dado unos pasos cuando me desplomé en el sue-

lo. Mi padre corrió a recogerme y me llevó en brazos a la cama, donde comencé a vomitar una espuma blanca y morí.

Morí, pero no por la enfermedad de la fiebre ni por el sida. Morí porque una década atrás mi padre había comerciado sacando sangre, comprándola y vendiéndola. Morí porque mi padre controlaba el negocio en más de diez aldeas, entre ellas la Ding, la Liu, la Huangshui y la Lier. Era el rey de la sangre. El día de mi muerte, mi padre no lloró. Se sentó a mi lado, se fumó un cigarro y se fue al cruce central de la aldea junto a mi tío, uno con una pala afilada en la mano y el otro con un machete reluciente. Desde allí, ambos gritaron e insultaron hasta quedarse sin voz.

Mi tío gritaba:

—¡Salid si tenéis huevos, hijos de puta, y no vayáis por ahí envenenando a escondidas! ¡Salid, y como que me llamo Ding Liang, os corto el cuello!

Con la pala en la mano, mi padre vociferaba:

—Os morís de envidia porque yo, Ding Hui, tengo dinero y estoy sano, ¿verdad? Os jode, ¿eh? ¡Me cago en todos vuestros muertos! Me habéis matado las gallinas, me habéis matado el cerdo, ¡y aun así tenéis los cojones de envenenar a mi hijo!

Estuvieron lanzando gritos e insultos desde el mediodía hasta la noche, pero nadie salió a dar respuesta a mi padre. Nadie contestó a mi tío.

Al final me enterraron.

Me enterraron y punto.

Debido a que sólo tenía doce años y no era un adulto, las normas no permitían que se me enterrara en la tumba de los antepasados familiares. Mi abuelo me cogió en brazos y me enterró detrás de un muro de la escuela de la aldea, en un pequeño y estrecho ataúd de madera blanco, en el que metió mi libro de texto, mi cuaderno de los deberes y mis lápices.

El abuelo tenía estudios y se encargaba de tocar la campana de la escuela. Gracias a su elocuencia y a sus conocimientos, los vecinos de la aldea se dirigían a él como «profesor». En mi ataúd, el abuelo introdujo también un libro de cuentos, otro de historias de héroes y dioses, y dos diccionarios.

Luego, cuando tenía un rato libre, iba a mi tumba y se preguntaba si los habitantes de la aldea envenenarían a alguna otra persona de la familia Ding. Si envenenarían también a su nieta, es decir, a mi hermana Yingzi, o al único nieto varón que le quedaba, el hijo de mi tío, Xiaojun. Entonces se le ocurrió pedir a mi padre y a mi tío que fueran por todas las casas de la aldea y se arrodillaran ante los vecinos para rogarles que no envenenaran a ningún otro miembro de la familia, que no dejaran a los Ding sin descendencia. Cuando se debatía entre estos pensamientos, mi tío contrajo también la enfermedad de la fiebre. El abuelo comprendió que mi tío sufría así el castigo por haber comprado y vendido sangre junto a mi padre, y decidió no hacerle arrodillarse ante los vecinos. Decidió que fuera sólo mi padre.

Noveno. Lo noveno que el abuelo comprendió es que el próximo año y el siguiente la enfermedad se extendería por la llanura y afectaría a miles de familias en Ding, Liu, Huangshui, Lier y otros cientos de aldeas. Como el Río Amarillo al desbordarse, arrasaría un pueblo tras otro. Para entonces, la muerte de un hombre equivaldría a la de una hormiga, a la de una hoja que cae de un árbol. Para entonces, *muertos todos sus habitantes, la aldea Ding desaparecería del mundo. Los vecinos, como las hojas, se ajarían primero y amarillearían, para caer después de los árboles con un susurro de sonajero. Y una ráfaga de viento se llevaría las hojas, como la aldea, a ninguna parte.*

La aldea Ding y las hojas se irían a ninguna parte.

Y décimo. Las autoridades del condado pidieron al abuelo que aislara de inmediato a los pacientes, por temor

a que quienes no habían vendido sangre se contagiaron de la enfermedad. Le dijeron: «Profesor Ding, el año que se vendió sangre tu hijo actuó como cabecilla. Ahora necesitamos tu ayuda, que des la cara ante los enfermos de la aldea Ding y organices su traslado a la escuela». Tras escuchar esto, el abuelo enmudeció y, aún ahora, es incapaz de verbalizar muchos de sus pensamientos. Pensaba en mi muerte, en cómo mi padre se había convertido en comerciante de sangre y en cómo le pediría que, una por una, se arrodillara ante todas las familias de la aldea. Y pensaba que lo que tendría que hacer mi padre, después de haberse postrado ante los vecinos, era quitarse la vida. Le daba lo mismo que se tirara a un pozo, que empleara veneno o que se ahorcara.

Que se matara de inmediato.

Lo único que quería era que muriera ante las miradas de todos los vecinos.

Al imaginar a mi padre, primero arrodillándose y luego matándose, el abuelo se estremeció y, en este estado, se dirigió a la aldea.

Caminó hacia la aldea.

Iba a hablar con mi padre para pedirle que se arrodillara ante los vecinos y luego se matara.

2

Para una aldea que apenas contaba con ochocientos habitantes, repartidos en menos de dos centenares de familias, el hecho de que en un periodo de tiempo que no llegaba a dos años hubieran muerto más de cuarenta personas era de gran trascendencia. Si nos paramos a hacer cálculos, en algo más de un año había muerto una persona cada diez días, tres personas al mes. Además, las defunciones no habían hecho más que empezar. El año próximo, los muertos